

A **K** *dem*

*Conferencias
y
Documentos*

A **S**

VIOLENCIA Y PUREZA**

Vladimir Jankélévitch

RESUMEN

La ubicuidad de la violencia no puede analizarse solo desde un punto de vista religioso, socio-histórico o psicológico, amerita una reflexión mucho más profunda que nos lleva a des-ocultar la misma esencia del fenómeno. La violencia es una fuerza instintiva que se opone a la ley de la razón, a la pureza del amor. Ella, al igual que todas las guerras, implica violación, profanación de la vida, agresión al otro. ¿Podría concebirse la violencia como una acción purificadora: expresión de una rebelión de la voluntad en pro de la justicia? En el artículo se verá que esa catarsis es impotente, solo conduce a callejones sin salida, a la incoherencia del caos. Mientras la violencia suprime (nihiliza) todas las capacidades del ser, sí puede haber una fuerza natural, positiva (fluyente y proteica) que reconstituya al ser, que lo purifique, que sea capaz de implantar normas y de crear valores que garanticen la perpetuidad de su existencia. La dicotomía genérica así construida no solo es válida en el ámbito de la Ontología, pues también permite analizar la experiencia estética. Así, si la violencia implica lo feo y la fuerza purificadora, lo bello, ¿cómo admirar el *Guernica* de Picasso o el *Macbeth* de Shakespeare? En efecto, hay dos fealdades: una energética y fundadora, promesa y manantial de belleza, y, una fealdad horrible, la mutilación odiosa de la forma cuyo fin no es otro que la violación en sí misma.

Palabras clave: catarsis, fuerza natural, des(orden), (in)justicia, disyunción bello-feo.

ABSTRACT

VIOLENCE AND PURITY

The ubiquity of violence cannot be analyzed from a religious, socio-historical or psychological point of view alone. It requires a much deeper reflection leading us to discover the actual essence of the phenomenon. Violence is an instinctive force that opposes itself to the law of reason, to the purity of love. Just like all wars, it implies violation, desecration of life, aggression to the other. Could violence be conceived as a purifying action, an expression of a rebellion of will on behalf of justice? This article will show that this catharsis is impotent and that it only leads to dead ends, to the incoherence of chaos. While violence suppresses all the capacities of being, it is also possible that a natural and positive force re-

* Se reproduce el artículo tal como apareció en la revista *Episteme*. Anuario de Filosofía 1959-1960 (pp. 65-82), se ha respetado el texto traducido al español por Antonio Pasquali; por eso, salvo las erratas advertidas, se mantienen la ortografía original así como las normas empleadas en la presentación de las referencias bibliográficas. La reproducción se realiza con autorización de *Episteme*. [Nota de las editoras]

* Fragmento de una obra en curso de impresión que lleva por título *Le Pur et l'Impur*.

constructs and purifies the being, and is capable of establishing norms and creating values that guarantee the perpetuity of the being's existence. The generic dichotomy built this way is not only valid in the context of ontology, but also of the aesthetic experience. Thus, if violence implies the ugly thing and the purifying force, the beautiful, how can we admire Picasso's *Guernica* or Shakespeare's *Macbeth*? In fact, there are two kinds of ugliness: on the one hand, the energetic and founding ugliness, promise and spring of beauty, and on the other, the horrible ugliness, the odious mutilation of form whose aim is nothing else but violation itself.

Key words: catharsis, natural force, dis(order), in(justice), dichotomy beautiful-ugly.

RÉSUMÉ

VIOLENCE ET PURETÉ

L'ubiquité de la violence ne peut être analysée que d'un point de vue religieux, socio-historique ou psychologique ; son étude mérite une réflexion beaucoup plus profonde. Ceci nous mène à des-occulter l'essence même du phénomène. La violence est une force instinctive qui s'oppose à la loi de la raison et à la pureté de l'amour. La violence, de même que toutes les guerres, implique le viol, la profanation de la vie, l'agression d'autrui. Pourrait-on concevoir la violence comme une action purificatrice, manifestation d'une rébellion de la volonté en faveur de la justice? Dans cet article on verra que cette catharsis s'avère impuissante. Elle ne conduit qu'à des impasses, à l'incohérence du chaos. Lorsque la violence supprime (nihilise) toutes les capacités de l'être, il peut y avoir une force naturelle, positive (qui flue et qui est protéique) qui reconstitue l'être, qui le purifie, capable d'instaurer des normes et des valeurs garantissant la perpétuité de son existence. Cette dichotomie est valable non seulement dans le domaine de l'ontologie, elle permet également d'analyser l'expérience esthétique. La violence implique donc ce qui est laid et la force purificatrice, ce qui est beau. Comment admirer le *Guernica* de Picasso ou *Macbeth* de Shakespeare ? Il y a en effet deux laideurs : l'une énergétique et fondatrice, promesse et source de beauté, et l'autre, une laideur horrible, la mutilation odieuse de la forme dont le but n'est autre que le viol per se.

Mots-clé: catharsis, force naturelle, (des) ordre, (in) justice, disjonction beau-laid.

RESUMO

VIOLÊNCIA E PUREZA

A ubiquidade da violência não pode ser analisada só desde um ponto de vista religioso, socio-histórico ou psicológico, mas precisa uma reflexão muito mais profunda que nos leva a des-ocultar a mesma essência do fenômeno. A violência é uma força instintiva que se opõe à lei da razão, à pureza do amor. Ela, igual do que todas as guerras, pressupõe violação, profanação da vida, agressão ao outro. Poderia a violência ser concebida como uma ação purificadora: expressão de uma rebelião da vontade em prol da justiça? No artigo se poderá ver que essa catarse é impotente, só conduz a becos sem saída, à incoerência do caos. Embora a violência suprima (nihilice) todas as capacidades do ser, de fato pode haver uma força, natural, positiva (fluente e protéica) que re-constitua o ser, que o purifique, que seja capaz de estabelecer normas e de criar valores que garantam a perpetuidade da sua exist-

tência. A dicotomia genérica assim construída não só é válida no âmbito da Ontologia, pois também permite analisar a experiência estética. Assim, se a violência implica o feio e a força purificadora, o belo, ¿como admirar o *Guernica* de Picasso ou o *Macbeth* de Shakespeare? De fato, existem duas fealdades: uma energética e fundadora, promessa e manancial de beleza (a que mana da força do sublime), e uma fealdade horrível: a mutilação odiosa da forma (gerada por qualquer violência destrutora), cujo fim não é outro que a violação em si mesma.

Palavras chave: catarse, força natural, des(ordem), (in)justiça, disjunção belo-feio.

Que se situe de una vez en la extremidad (en cuyo caso el proceso purificador acaba tan pronto como comienza), o que progrese indefinidamente hacia su finalidad, el extremista persigue en ambos casos un punto, una meta, una dirección. La violencia, en cambio, no lleva ningún vector. Ella explota, estalla hacia todas partes a la vez, y aun cuando parezca orientada, su violenta tarea consiste en destruir las resistencias en lugar de llevar alguna dirección definida. Que ella se oponga a la ley de la Razón, a la dulzura del Amor o a la espontaneidad de la Naturaleza; que ella sea injusta brutalidad o movimiento impuesto, la violencia implica originariamente la violación, es decir, la idea de penetración brutal. Incapaz de formular la ley de la mezcla, la violencia halla más expeditivo penetrar en lo compuesto por ruptura, e introducirse violentamente tumbando la puerta. Pero la violación, impulso desprovisto de *sentido*, no es un movimiento realmente orientado o atraído. Violación de domicilio, violación del cuerpo, profanación de la vida privada –todas estas violencias tienen paradójicamente por denominador una común intención humana. Una tempestad, una erupción volcánica, un terremoto, son catástrofes brutales, mas no violencias; pues la naturaleza (exceptuando toda alegoría mitológica) es ciega e inintencional. Pero la guerra que viola las fronteras, los hogares y las mujeres, la guerra que implica la invasión, la agresión orientada y la destrucción de las defensas, es una cadena de violencias. Hay un punto al menos en el que parecen convenir Joseph de Maistre, Proudhon y Louis Veuillot:¹ la guerra es un misterio divino, y la sangre que hace colar fija sobre la tierra la maldad humana. La rojez misma de la sangre que una espada asesina hace brotar al traspasar las carnes, esa rojez, ¿no es algo así como la revelación de una verdad profunda, púdicamente disimulada por la buena salud y las dulzuras de una civilización pacífica? Para el impuro entregado a la violencia, el otro es en todo caso el obstáculo a suprimir; en lugar de entre-

¹ J. Proudhon: *La Guerre et la Paix*, I, 2-7. Joseph de Maistre: *Soirées de Saint-Petersburg*, VII° entretien. L. Veuillot: *La guerre et l'homme de guerre*, 11°. Heráclito: *Frg. 44* (Bywater).

garse a la tarea de purificación reflexiva, el violento se encarniza contra el otro. Extroversión estática de todo el ser, esa cólera embiste con la cabeza hundida como el toro o el bruto, *ὡς θηρίον*, o como el ave de rapiña, según decía de Trasímaco Sócrates el Justo. La violencia es lo contrario del recogimiento, ya que no es solamente penetrante, sino centrífuga y dispersiva. El caos, del cual se revela como la consecuencia y a la vez el mal llamado remedio, podría definirse como el imposible-necesario; no ya ese imposible-necesario para dos que, en una visión trágica, caracteriza el status contradictorio de la anfibia, sino la necesaria imposibilidad de una confusión en la que todos los elementos se repugnan aún teniendo forzosamente que convivir. La confusión es a la vez insostenible y duradera, absurda y crónica, insoluble e indisoluble, escandalosamente viable. Es decir: la incoherencia del caos es ella misma incoherente; esa incoherencia con exponente, esa incoherencia infinita resulta hasta tal punto anárquica, anómica y alógica que acaba por incluir contradictoriamente alguna cohesión. Si la simbiosis fuese posible sin ser necesaria, la situación sería tensa, pero al menos perfectamente clara; los elementos en conflicto no buscarían sino la separación, lo cual eliminaría paulatinamente toda discordancia, discrepancia o disonancia; tal es el caso de las imposibles cohabitaciones en las que la solución es, por así decirlo, toda dada. Pero cuando la separación no es menos imposible que la coexistencia, la guerra se eterniza: guerra a la vez extranjera y civil, guerra de todos contra todos y cada uno, guerra de cada quién contra cada uno y todos, guerra en la que no importa quién combate a quién. La confusión se enreda consigo misma hasta en los más pequeños elementos, y todos, guerra en la que no importa quién combate a quién. La conduración una tensión aguda, explosiva e insostenible hecha para ser instantánea; transformando finalmente la crisis en diátesis— esa guerra elabora un mundo de desespero bastante parecido al infierno. Tal entretrejado de reciprocidades sin ley explica el carácter desordenado y dispendioso de la violencia, pues esta no es, como la fuerza, una energía concentrada e intensiva, aplicada en el punto preciso en que pueda desarrollar el máximo de eficiencia y producir cambios más constructivos. La fuerza no puede desligarse ni del trabajo eficaz ni del rendimiento, y hasta puede suceder que ella sea una simple violencia canalizada y dirigida, una violencia controlada, frenada o temperada por moderadores artificiales o regulaciones ingeniosas. En estos casos, las violencias de la naturaleza se convierten en *fuerzas* de la naturaleza si el hombre *las fuerza* por obligación o engaño a trabajar para la paz, la salud y la vida; de allí el papel de ese principio de unidad metafísica en la psico-

logía de Maine de Biran o en la monadología de Leibnitz; la idea, siendo la positividad misma, es una idea-fuerza, ajena por consiguiente a la violencia. El dinamismo leibnitziano, ¿no es acaso un “irenismo”, es decir, una filosofía de la armonía y de la paz? La fuerza es violencia guiada y encauzada; pero la violencia, como el ciclón, es desperdicio de fuerzas y ciego derroche, desorden devastador, agitación titánica, bárbara y desvergonzada, gesticulación sin finalidad. La fuerza impulsa la acción, que es económica y ajustada, pero la violencia dilapida las agitaciones descabelladas de la acción en delirio. La violencia tiene algo de orgiástico; como la emoción de la cólera, ella se sacude y patatea rabiosamente, se agita y se dispersa en pura pérdida...! Mucho ruido para nada! El embriagado descende a la violencia más que al despliegue de fuerzas, y la violencia misma podría definirse como una fuerza embriagada, una ebriedad de la fuerza en la ausencia de toda razón. En sentido platónico, es el dominio del indeterminable ἄπειρον, la demencia complaciente. Por oposición a la línea recta de la fuerza, y no obstante su carácter intencional, la violencia es toda desmigajamiento, dispersión, estallido; no ya punto de irradiación clarificador, sino erupción volcánica; no ya despliegue orgánico de la unidad en pluralidad, sino explosión devastadora. La violencia quiebra las formas; vidrios y porcelanas se hacen añicos, los platos se pulverizan; como un hombre borracho de cólera, el furioso lacera, descuartiza, destroza;² su hermoso trabajo de violencia son los *membra disjecta*, los mil fragmentos, como en el atroz *Guernica* de Picasso. Por doquier los despojos, los cuerpos despedazados, la belleza pulverizada. Es la violencia que suscita en las últimas telas de Van Gogh los remolinos del vértigo y de la locura; petrificado por las flores del mal, por las enredaderas furiosas y el sol de la muerte, el hombre víctima de la demencia revolotea sobre el borde de la nada en la cual zozobrará. Pero la violencia suscita otros efectos, tal vez más característicos: ella prefiere lo discontinuo a lo continuo y se ensaña en quebrar cruelmente las líneas, que recorta en dientes de sierra o fragmenta en amenazantes puntas o en rabiosos mordiscos; corrosiva como el vitriolo o agresiva como la ortiga, ella tuerce las curvas graciosas y flexibles, desfigura el suave arabesco del cuerpo femenino y la mueca substituye la sonrisa en el rictus anguloso; las facciones de Picasso se erizan de puntas amenazantes e hirientes. Los gritos furibundos que desgarran hoy tan brutalmente una música toda consagrada hasta entonces al divino pianissimo debussyiano, al matiz impresionista, a los medios tonos y a la penumbra fauriana, esos gritos, ¿no son acaso manifestaciones de la

² *República*, I, 336 b: ὡς διαρπασόμενος.

violencia percutiente, especie de deflagraciones maquinadas por el terrorismo musical de nuestros contemporáneos? El *Allegro Bárbaro*, la *Sonata Bárbara*, con sus vociferaciones y sus máquinas infernales, interrumpen las confidencias murmuradas en sordina *dans le demi-jour* *Que les hautes branches font*. Tal como el fauvismo que al expresar el último alarido del color ultrajaba los matices, acabando por liquidar el *flo* impresionista, así la falsa nota agresiva e irreconciliable, la disonancia estremecedora, no cicatrizada ni recosida, se sucede a la disonancia fundida, y la música se eriza de crueles asperezas y de espinas venenosas.

¿La violencia es acaso purificadora? Mostremos que esa pseudo-catarsis es lamentablemente impotente, que ella es por demás ambivalente, siendo el prototipo de la falsa solución. No resulta siempre fácil distinguir entre Fuerza y Violencia, pero es fácil diferenciar en todo caso la potencia de la impotencia. La fuerza es esencialmente potencia porque ella es poder: *ξδύναμις* y *δύνασθαι* no tienen acaso la misma raíz? La fuerza implica no solamente la virtualidad, que es la posibilidad de un cierto futuro, sino también la potencialidad, que es el poder de poder realizar ese por-venir, de presenciar lo futuro. La fuerza —a medio camino entre el derecho y la violencia; violencia con relación al derecho, pero derecho con relación a la violencia, *principio* que desconoce cualquier *ley* preexistente— esa fuerza que quiere forzar sin violentar, resulta capaz a fortiori de fundamentar el derecho, de implantar normas, de crear [sic] valores e ideales, pues es en las convulsiones que se engendra el nuevo orden. Ciertamente la fuerza *no-es* por ser fluyente y proteica y por devenir incesantemente; ella no es, pero hace ser, deviene y posibilita el devenir; no es ni lo que es ni lo que no es; en una palabra, ella *hace*. La fuerza intensiva, en el dinamismo, es una fuerza de extensión. Toda fuerza, a fortiori, es fuerza de extenderse. Como promesa de extensión y capacidad positiva de existencia extendida, la *vis intensiva*, que es por eso mismo *vis extensionis*, puede considerarse al igual que un principio instaurador y fundador; como en una tejedora, la idea fecunda de donde nacen el tejido y la tela. En la violencia, por el contrario, no podríamos aferrar ese tránsito de la intención a la cosa extendida que —si es continuo y si las posiciones no se convierten, por hundimiento, en renuncia— es siempre índice de un Más. “Sin ostentación —declara Baltasar Gracián— toda perfección viviría en un estado de violencia”:³ la encarnación y la “mostración” descargan de alguna manera la tensión del ser invisible. Pero resulta que ese tránsito por violencia del *In* al *Ex*

³ *El Cortesano*, máxima 277, Cf. *El Discreto: hombre de ostentación*.

no se da justamente por extensión, ni por exhibición, sino por explosión. La violencia es tan *inexistente* como la fuerza; pero la fuerza es un cuasi ser que hace ser, y la violencia un menos-ser que deshace el ser, que no deja que el ser sea, impidiéndole existir; ella no otorga algún ser a la nada, ya que precisamente destruye el ser preexistente. Es la forma bien estructurada la que suscita sus absurdas cóleras. Mientras que la fuerza, tética y positiva, pone el ser y las maneras de ser de tal ser, la violencia negativa suprime aquel y saquea a estos. La fuerza fecunda suscita, inquieta, anima lo que aquella deshace; donde ha pasado, por el contrario, el huracán de la violencia no quedan sino ruinas y escombros, y sobre los cadáveres, el rictus y la mueca, risa fosilizada en la máscara. Nadie duda que Βία se opone a Δύναμις —o lo que viene a ser lo mismo: nada es menos dinámico que la pasión destructora; sin ser estática, la irrupción brutal de la violencia en la existencia ajena es lo opuesto de toda vehemencia, de todo ímpetu creador. La fuerza es fundadora de porvenir, y su ejercicio está vinculado al gozo; pero la dolorosa violencia, tendida hacia la nada, guarda más relaciones con el pasado que con el futuro, y es por eso que ella presenta siempre un aspecto desesperado: ninguna otra perspectiva ni horizonte que el no-ser. La fuerza, aun cuando no sea creadora, es al menos transformadora; y cuando no pone el ser, ella transforma las formas, garantizando al menos una continuidad óptica; el verdadero dinamismo revolucionario moviliza y renueva las formas para que la vida sobreviva, pero el falso dinamismo nihiliza el ser y lo esteriliza. Fuerza y violencia, ambas, destruyen la belleza que es forma cumplida, forma por excelencia, *forma formosa*, pero la fuerza retrocede a lo *informe*, mientras que la violencia fabrica solamente lo *deforme*. ¿Y qué es lo informe, sino el laboratorio nocturno de las formas y el regazo fecundo, original y materno de todas las determinaciones plásticas? Como el Amorfo primordial de la teología negativa, que es poder y posibilidad de todos los seres, lo informe es un comienzo y una promesa. Lo informe, como la inocencia, es una vigilia de anunciación. Entre lo informe y lo deforme corre la misma distancia que entre la indeterminación-del-más-allá y la indeterminación-del-más-acá, entre la fealdad antecedente y la fealdad consecuente; siendo aquella, como en Sócrates, una fealdad de indiferenciación anterior a la disyunción de lo bello y lo feo, de la risa y de las lágrimas, de lo cómico y de lo trágico, del placer y del dolor, y esta un monstruo nacido de la forma, un horror engendrado por el suplicio de la forma, un rictus que es la unión contra naturaleza del dolor y de la risa. Y así como hay dos fealdades: una fealdad energética y fundadora, promesa y manantial de belleza, y una feal-

dad horrible, así se dan dos formas del caos, el primero que es todo ensordecimientos de improvisación y murmullos de presentimientos, el otro que es la nada de la muerte. Y aquel se halla tan alejado de este como los monstruos de Picasso y las miserables humanidades de Soutine de la fealdad negativa; como las disonancias geniales de la disonancia violenta, o *La Consagración de la Primavera* de *Elektra*. El formidable puñetazo que la música recibiera en 1913 en plena cara, inauguraba un novel orden y una nueva belleza –beldad extraña anunciada por los augures de la primavera y por la consagración de las renovaciones. ¿No es la primavera el comienzo mismo, el heraldo de los tiempos venideros? La bárbara percusión de Strawinsky, la rítmica poderosa de Prokofiev,⁴ la energía toda primaveral de Milhaud,⁵ el dinamismo de Bartók son las formas más geniales de una positividad creadora que excluye toda absurda violencia. La *Consagración* era el cambio brusco, irracional y revolucionario que *hacía época*, instaurando escandalosamente el nuevo orden. Frente a esa positividad, las dos horas de histeria, de escenas caseras y de alaridos de odio que se llama *Elektra* resultan más bien una demostración de impotencia. ¿No esconde todo estado de trance una fundamental debilidad? No parecería entonces exagerado definir a la violencia: una fuerza débil. Es la fuerza la que se opone a la debilidad; la violencia, por su parte, se opone tan poco a la debilidad, que la debilidad misma no presenta a menudo otro síntoma que la propia violencia; débil y brutal –y brutal precisamente por débil– tal es la violencia mal afinada, inquieta, nerviosa y sin certidumbre. ¡Sí! es esta débil violencia de la mala conciencia que la dulce fuerza derriba sobre los campos cataláunicos! En su *Batalla de los Unos* ¿no nos deja escuchar Liszt una poderosa voz de órgano que cubre poco a poco los bárbaros clamores? La violencia es ineficaz, y con sobrada razón. Si la fuerza es fundadora y regeneradora es porque, al igual que la libertad, es a la vez inmanente y trascendente a la mezcla regenerada. Prioridad, trascendencia, autoridad previsoras –ella reúne todas las condiciones que constituyen la drasticidad de un remedio y de una curación eficaz. La violencia, por su parte, es inmanente a la confusión que pretende purificar, siendo por lo mismo esencialmente injusta, parcial y apasionada; la vocación de la justicia, ese “metro inviolable”, según expresión de Proudhon,⁶ ¿no es la neutralidad? Es contradictoria aquella situa-

⁴ *Les Marteaux* (Le Pas d’Acier).

⁵ *La Primavera* (para piano y violín); *Primavera* (para piano, 1919); *1º Sinfonía La Primavera* (1917); *Concertino de Primavera* (para violín y orquesta, 1934); *Primavera Lejana* (para canto y piano, 1945).

⁶ *De la Justice dans la Révolution et dans l’Eglise*, ed. Bouglé-Moyssset, t. 1º, p. 434.

ción que pretende formar parte y ser al mismo tiempo imparcial. La violencia, desdichadamente, forma parte de la mezcla; contemporánea del desorden y hasta posterior al mismo, creadora ella misma de desorden, hija del desorden del cual se hace portavoz, ¿cómo podría subsanarlo, careciendo de la necesaria anterioridad y lucidez? La violencia pseudo-revolucionaria y el extremismo especioso constituyen la expresión más selecta de ese orden burgués que ambos fingien detestar; ¿los terroristas de la música y de la pintura no componen acaso la verdadera república de la apariencia y de la similaridad? Los admirados tunantes de Atenas, a los que Sócrates opone la regla de oro de la justicia, habían nacido todos bajo el signo de la confusión, y eran su máspreciado ornamento. La violencia se parece a un viajero que quisiera acelerar la marcha del barco empujando la pared de su camarote; sus movimientos no son absolutos y por consiguiente eficaces sino dentro del movimiento general del barco que lo lleva y relativamente a los otros objetos que lo componen; para determinar transitivamente un cambio de velocidad, faltaría un punto de apoyo externo que pudiera hacerlo eficaz. Igualmente ilusorio es el esfuerzo del hombre tentado que trata de resistir y desvincularse cuando ya ha sucumbido... Imposible salir de este mundo para volver a él trayendo de fuera el orden y la pureza que necesita. Llamemos desespero a esa inmanencia, ya que no tiene salidas que no sean la nada. Todo acontece en el interior, a bordo de ese barco fantasma sobre el cual se agitan los violentos. Por estar sumido en esa fatalidad general que pretende combatir, el violento se hunde con los demás, con el mismo barco y en el mismo naufragio. ¡Vanidad de vanidades! El violento, cuando cree haber irrumpido desde fuera en lo compuesto, y de haber invadido por la puerta, *θύραθεν* para regenerarlo, se hace hermano en la desdicha de aquellos que viola, volviéndose merecedor de la misma piedad. ¡Rogad por él como por sus víctimas! Ya lo decíamos de la confusión: ¡todo el mundo adentro! Todo el mundo, comenzando por el salvador... El salvador, ¡ay de él! necesitaría a su vez de alguien que lo salvara. La “débil fuerza” no tiene de la fuerza sino las apariencias. Y no solamente es impura la violencia que pretende curarnos, sino que es, en realidad, más impura de todas las impurezas. Los jóvenes violentos de quienes se burla Platón, y Calicles y Trasímaco y todos los dinámicos galopines que los rodean, constituyen de por sí el elemento más confuso de la confusión, la flor y nata del desorden. Y no solamente la violencia es más impura que las impurezas, sino que es capaz de llevar a su ápice la impureza misma, siendo su digno remate. Por un fenómeno de aceleración y de intoxicación característicos de toda confusión

como de todo estado febril, la violencia, hija de la impureza, confirma, redobla y agrava pasionalmente esa impureza que pretende curar. La violencia es el caso del hombre amenazado de hundimiento; más se agita, más se hunde. Una vez pasada la demostración de poder, una vez disipada la ebriedad y decaído el furor embriagador, el insurgido desembriagado se reencuentra en su lodazal, tan impuro, mediocre y miserable como antes; las complicaciones (en la medida en que ellas pudieron quedar resueltas) se reforman tras el estallido como un absceso mal vaciado. Amargos son los despertares de la exaltación colérica; efímera y decepcionante la engañadora euforia que nos depara el accidente ruinoso. Una vez salido del santo furor como se sale del éxtasis erótico o del trance alcohólico, el hombre desembriagado se despierta extenuado, decepcionado, vacío, odiando a veces ese paraíso artificial de la desgraciada violencia. *¡Triste animal post furorem!* La violencia es derrota; esa fuerza mágica que debía purificarnos fracasa y nos deja más hundidos que antes, agotados y desarmados. Como la cólera en la que suele revolverse, la violencia no presenta de la vitalidad sino las apariencias superficiales. ¿De dónde le vienen todos sus recursos, y por cuál milagro les son concedidos? Tras la tempestad momentánea que hace estallar súbitamente los cuadros sociales, barriendo en la brusca tempestad jerarquías y conveniencias, convenciones y compartimientos, he allí que el veto y los todopoderosos imperativos se reconstituyen; el exaltante alivio cuya ilusión nos depara la anarquía no habrá sido sino una decepción sin mañana. ¿Podemos precisar ulteriormente las formas de tal impotencia? La violencia no es sobrenatural, como un hombre encolerizado no es omnipotente; la ebriedad del furor no nos hace capaces de caminar sobre las nubes, ni de atravesar montañas ni de trascender la fatalidad de la gravitación; la superchería de las devastaciones no capacita al furioso para revolver lo irreversible. La violencia, que hace añicos lo compuesto, busca tal vez alcanzar algo simple y puro. Pero los fragmentos de la vajilla, y la laceración y la dislocación rabiosas no son para nada una fragmentación utilitaria y aún menos un análisis racional de lo complejo. No se trata aquí de descomponer siguiendo las articulaciones naturales de los varios elementos, διατέμνειν καθ' ἄρθρα,⁷ pues tal análisis prelude ordinariamente al conocimiento en general o a la remuneración de la justicia. La violencia evoca más bien, para hablar el lenguaje del *Fedro*, el burdo tajadero del desollador: la descomposición violenta no es un fino análisis sino un descuartizamiento aproximativo que sigue, en efecto, las líneas de menor resistencia de lo compuesto, afirmando simplemente

⁷ *Fedro*, 265 e.

la superioridad física del agresor; pues el “derecho” del más fuerte no es sino un hecho mecánico. Trátase simplemente de demolición y de vandalismo. Al desliamiento digital, fundamentado en la articulación y en la especialización, se opone así el puño grosero del boxeador, incapaz de la digitación necesaria para descomponer la [sic] finas estructuras de lo compuesto. Tal desintegración sigue siendo, por más lejos que ella llegue, incurablemente empírica; y por más esfuerzos rabiosos que realice el enfurecido en sus afanes disociativos al infinito, nunca logrará aislar el elemento último, indivisible e irreductible que sería el átomo de pureza hundido en el conglomerado impuro. Sobre el ejemplo de las totalidades orgánicas, cada parte regenera y reproduce la infinita complejidad de todo lo que se creía haber fragmentado. Esta complejidad contra la cual ninguna violencia nada puede, no tiene pues como causa la simple pluralidad de sus elementos componentes; ella parece estar directamente vinculada a la existencia del ser impuro como tal. La violencia es impotencia no solamente por eso de que los complejos se reconstituyen al infinito en cada uno de sus fragmentos, sino más generalmente porque el compuesto mismo se resiste a todo esfuerzo que intente anonadarlo; no es, en realidad, ni fraccionable ni exterminable, ambas imposibilidades siendo en el fondo de una misma naturaleza. En el confusionismo nosotros reconocemos la atracción de la nada maternal, aplástica, que reabsorbe las formas individuales fundiendo sus límites. Más allá de ese $\mu\eta\ \delta\nu$, que es más bien caos, límite o desorden y confusión absoluta, la violencia se perfila como la voluntad diabólica del *rien*, lo cual no es menos-ser, sino no-ser; pues si aquel se opone al debiendo-ser, este contradice al ser pura y simplemente. En el *néant* nos podemos revolcar profundizando el desorden, mezclando la mezcla, espesando la confusión; pero el *rien* no puede resultar sino de una negación radical, total y repentina. Podemos *nihilizar* el *néant* por un decreto lógico del espíritu; ¿mas podemos *anonadarlo* por un acto físico de violencia? El pseudo-taumaturgo trata vanamente de hacer desvanecer lo impuro. En definitiva la violencia, si es más brutal que la complacencia confusionista, no es casi más radical; ella *nihiliza el orden sin anonadar la nada*; ella vuelve caótico al ser mas no meóntico, por no tener de metempírico sino las pretensiones. A veces conserva o agrava el caos, otras se opone a la reconstrucción y reorganización de lo desorganizado; lo informe tiende continuamente a regenerar sus formas, mientras los rudos calambres de la violencia sabotean convulsivamente y por crisis discontinuas esa restauración, destrozando las figuras sin tregua renacientes. Pero sucede también que ella lleva su rabia contra la misma inocencia; por no poder

nihilizar la incorruptible pureza, la violencia se encarniza en manchar, ensuciar y salpicar lo que por aventura hubiese quedado sin manchas. Desde dentro, la pureza superlativa se vuelve fácilmente impura; pero la violencia, si puede cubrir la de barro, no puede anonadarla. Marguerita, en la *Faust-symphonie*,⁸ sale intacta de la trampa mefistofélica. Contra la verdad en general (¿no es la inocencia una forma de verdad?) la violencia rebota sin hallar presa: Trasímaco se abalanza sobre Sócrates como para tragárselo, pero cada vez la evidencia de la armonía, de la solidaridad, de la justicia se reconstituye y escapa a las contradicciones anárquicas del egoísmo; es el derecho al puñetazo rehusado, como en el Dioniso destrozado por los Titanes que renace incansablemente y sobrevive intacto a la violencia. Así se explica el carácter desesperado de esta agresión; el crescendo frenético de un furor que se embriaga de sí mismo en el vacío y no logra alcanzar la infinitud de la tarea nihilizadora: la violencia pretende violar lo inviolable y penetrar en lo impenetrable. Su imposible tarea es la de hacer volar la cerradura que encierra lo más santo de todo lo santo, de invadir el santuario de la ipseidad. He ahí la inalcanzable meta que la violencia pretende alcanzar al infinito. En ese sentido, tal vez, podrían interpretarse los propósitos del marqués de Sade. Pero tales proyectos demoníacos serán proyectos malditos. ¡El profanador no hallará en el cuerpo el misterio del alma, y el violento que quiere eliminar o poseer la ipseidad de la persona ajena busca vanamente imitar a Dios! Ni la muerte del otro, si es dejada al arbitrio del violento, podrá librarle el secreto que él mismo trata de arrancar.

El impotente es también un ambivalente. Aquel que desea un imposible no puede quererlo en toda sinceridad, pues una voluntad sería no puede desear sino lo posible. La voluntad de lo imposible es una veleidad; peor aún, es una voluntad frenada por la sub-voluntad del contrario, una voluntad contrariada por una noluntad o por una contravoluntad; es pues una mala voluntad. Aquel que por violencia pretende purgar, nihilizar o desintegrar lo compuesto, quiere y no quiere contemporáneamente. En apariencia, y al estilo de un apasionado, no sabe lo que quiere, pero sería más exacto afirmar que, deseando al infinito una posesión imposible o un absurdo no-ser, su voluntad es necesariamente anfibólica y hasta contradictoria. El extorsionista puede demorar el logro de sus fines, para conservarse una víctima, o perder a la querida víctima, impulsando las cosas hasta el extremo. ¿No es este el dilema del poseedor desgarrado entre

⁸ Liszt: *Faust-symphonie*, IIIº

un haber lejano y un ser insípido? La ambivalencia se inscribe en la dualidad interna de la fuerza débil. En el propio Esquilo el desdoblamiento de Kratos y Bía responde al doble aspecto del acto prometeico, acto jurídicamente ilegal en cuanto se trata de un latrocinio, acto humanamente legítimo en tanto se trata de un regalo; acto bienhechor y malhechor a la vez. Kratos, quien reprime el malhecho, representa la justicia de Júpiter y la obediencia a las leyes; Bía, la que tortura ciegamente al bienhechor, es muda como un verdugo. Y es que Kratos está determinado en sus propósitos, persigue algo unívoco y preestablecido; Kratos, según su nombre indica, quiere ser el dueño de la situación: intermediario entre la Fuerza que persigue la producción de un resultado, y la pura violencia, Kratos –como fuerte violencia– quiere hacerme hacer algo. Kratos quiere forzar a alguien hacia algo, y tales complementos confirman que no se trata ya de una violencia sin finalidad ni intenciones, sino de una obligación orientada. Kratos sabe lo que quiere. Bía, por el contrario, es absurda, gratuita e infinita; no se confunde, propiamente hablando, ni con la agresión depredadora ni con la ofensiva contra un enemigo a destruir o contra un obstáculo a suprimir, ni en general contra ningún ataque teleológicamente dirigido... Como el odio sin motivos, como la maldad terrorista, ella pretende envilecer y humillar apuntando al núcleo de la ipseidad y tratando de extirpar la ipseidad misma desde sus raíces, *radicitus*; pero tal empresa es una violación tan violenta como desesperada, en íntima contradicción consigo misma. No es de extrañar que la impotencia ante lo imposible tenga por consecuencia un atentado contra sí mismos, y esto de dos maneras. Primeramente, la ambivalencia halla su explicación en la misma inmanencia; el violento se encuentra fraternalmente emparentado con los seres impuros que violenta; víctimas y verdugos, todos son hijos de la misma ciénaga, todos están atascados en el mismo atolladero... ¿Cómo podría eximirse el verdugo de una secreta atracción hacia esa confusión en la cual se halla sumergido con sus víctimas? Siendo él mismo impuro, el violento favorece y halaga y quiere vergonzosamente a la impureza que maltrata. De allí la imperceptible indulgencia, la inexplicable ternura que en ese molde confusionista experimenta a veces por los hacedores y batracios del caos. ¡Sanguinaria, infeliz violencia! Furor extrañamente enternecido, ternura hecha pasional por el encarnizamiento furioso –he allí la paradoja del odio amoroso; tal es el odio que la violencia parricida experimenta por su madre la confusión, tal es el complejo del yo fraticida frente a ese tú que es como un yo y a la vez muy otro que el yo. No hay razones, en efecto, para que los sentimientos de la

impura violencia hacia la impureza sean sentimientos puros; tales sentimientos son ellos mismos turbias complexiones, híbridos de horror y de atracción. En los sentimientos dobles y en la pasión mixta de violencia, ¿no hallamos acaso ese algo semejante al vértigo delante de un abismo? Al revelarse incapaz de dominar su objeto, la violencia se vuelve sobre sí misma de otra manera más. El violento, en realidad, no se limita a atormentar ese ser impuro que es él mismo, sino que se encarniza también contra todo lo que él quisiera ser, siendo su crueldad aún más masoquista que sádica. Por una especie de retroversión brotada de la impotencia, se lastima a sí mismo, ultrajando y pisoteando salvajemente su propio ideal de pureza. La violencia que rebota lejos de lo compuesto y que abandona toda intención purificadora, esa violencia se dirige a la inocencia, es decir, en el fondo, contra sí misma; tal violencia se vuelve cínica, al profanar el misterio del cual ella es, como todas las cosas, portadora. Siendo ella misma indeterminada, la violencia destroza las determinaciones, que son la pureza relativa del ser impuro. La determinación, fijando los “términos” y dibujando los límites de la figura individuada, ¿no es la manera que tiene el ser complejo de existir distinta, precisa y singularmente, por su proceder en sentido contrario a la mezcla total? La violencia es destructora de determinaciones. Y sobre todo la violencia golpea a la cara —puesto que la cara, como dice un poeta contemporáneo,⁹ es lo más significativo y lo que pone en comunicación a los hombres, siendo el órgano de la expresión por excelencia; y en la propia cara, los ojos transmiten el sentido gracias a esa presencia aguda que llamamos mirada. ¿Y qué es la expresión sino la más unívoca de las determinaciones, y a la vez la más intencional, positiva y rica en sentidos entre las que el hombre posee? La violencia no persigue la inexpresividad que expresa el infinito, sino la inexpresividad que es indeterminación absoluta. La expresión: he allí el enemigo que, bajo pretexto de hedonismo, debe perseguirse y acorralarse. La violencia es una rabia contra las formas expresivas, un furor ciego contra la determinación llamada Belleza. Héla ahí sometiendo a suplicios y torturas las facciones humanas; donde la violencia ha pasado, las facciones son todas muecas y horribles sonrisas. En Picasso la violencia, al deformar las proporciones, yuxtapone el frente y el perfil,¹⁰ completando la figura humana el burlesco hocico del rumiante; tal violencia es más bien una

⁹ Jean Cassou: *Le Janus ou de la Création* (1957), p. 11-13. Cf. en *Situation de l' Art Moderne* (1950) lo que ese A. afirma del “ethos”.

¹⁰ Jean Mouton: *La peinture moderne et le besoin de paroxysme*, in *Etudes carmelitaines*, 1952, *Magie des extrêmes*, p. 58.

fabricación de monstruos, una teratología; de allí el que el horror, en esa obra, pueda instaurar una belleza, inaudita, inédita e insólita. La violencia negativa, en cambio, crucifica y mutila odiosamente la forma, desfigura las facciones sin otros fines que la violación en sí. A la risa grotesca prefiere a veces el rictus, que es la indivisión entre la sonrisa y el dolor, y a la mueca la máscara, que es la expresión fija y genérica, abstracta e impasible; pues el violento tiene dos maneras de eludir la expresión viviente y la alocución inmediata, fraternal y personal de su prójimo: la primera es la desfiguración de la mueca, y la otra la inmovilidad inexpresiva. Todo lo que sea equívoco, informe, acéfalo, sin figura ni facciones, es cosa de la violencia. Comprendamos de una vez que ese rencor contra las formas determinadas tiene siempre un carácter sacrílego, es decir ambivalente: el mismo que armado de ruedas dentadas, de ásperos ángulos, de esquemas mecánicos y de cuernos taurinos profana no solamente el desnudo femenino sino y sobre todo las facciones, esta humana imagen de la divinidad, insultando al máspreciado de los misterios y renegando su propio tesoro. La injuriosa retórica del violento, al blasfemar la santidad de las formas, es el tormento más cruel que el hombre pueda infligirse a sí mismo.

La violencia es finalmente, como la muerte, lo contrario de toda “solución”. Solucionar, como también lo indica el verbo “resolver”, es desligar pacientemente el nudo, desembrollar laboriosamente el baturrillo, desenredar discursivamente el embrollo halando delicadamente el primer cabo de la madeja; y ya que se trata de pureza, la solución consistiría en hallar la ecuación o ley lógica que rige la mezcla. El análisis racional y proporcional de los componentes permite sin duda simplificar lo complejo... Pero se requeriría, para eso, una entrega total a la tarea y sobretodo, un tiempo indefinido, pues la posología, como toda mediación, combinación o negocio, exige trabajo e implica un progreso escalar. Por otra parte, la solución es lo que nos permite, de una u otra manera, conservar nuestro ser y, por lo mismo, preservar nuestras posibilidades venideras y nuestra especie de devenir. Spinoza, para quien el axioma *unaquaque res in suo esse perseverare conatur*, presenta la misma apodicticidad del principio de identidad; Leibnitz, quien afirma ser el postulado *ens praevallet non enti* tan necesario en ética como en metafísica, podrían explicar ambos ese imperativo incondicional, irreductible e indemostrable: pues la “preferencia” del ser con relación al no-ser no requiere justificaciones, y todo lo que va en el sentido de tal positividad óptica, de esa plenitud afirmativa debe considerarse como una solución.

Un remedio que ofrezca el medio de prolongar, aun mediocrementemente, la miserable existencia del enfermo, de salvar provisionalmente su ser y de alejar la inevitable muerte; un remedio que permita, aunque fuera por algunos instantes, la supervivencia del desahuciado, ese remedio es ya una humilde solución, una solución médica. El “ganar tiempo”, en esos menesteres, es un Plus metafísico, como es un Plus metafísico para el condenado a muerte el ver su pena conmutada en trabajos forzados a vida... cuando hay que morir de todos modos, tarde o temprano; y la terapéutica no tiene más ambiciones que la de asegurarnos ese Plus por tratamiento, fuerza dulce o cirugía, violencia fina y dirigida... Pues el bisturí del hábil cirujano es todo lo contrario del brutal cuchillo. La violencia, por su parte, no es un remedio, sino una brujería y un sangriento escamoteo: el medicamento, purga o depurativo, actúa en los límites de cierto determinismo físico-químico, mientras que la violencia opera mágicamente y en forma de hechicería; no pudiendo resolver radicalmente su problema, ni volatilizar físicamente el obstáculo, ni transfigurar las dificultades, el falso semi-dios de la violencia finge nihilizar lo complejo por una especie de brutal encantamiento. Ese remedio es un engaño. En eso, la esperanza contiene más coraje y es más difícil que el desespero, como el acto de fe en el futuro es más difícil que la renuncia perezosa. El capitulante con ganas de renunciar decreta arbitrariamente la inexistencia de otras salidas, como si conociese el porvenir más que la Providencia misma. ¿Qué sabe él en realidad de verdad? Las soluciones constructivas, cuyo fin es la continuidad del ser, son tan multiformes como las propias maneras del ser, ya que es por intermedio de sus innumerables transformaciones que el ser se continúa o —si se prefiere— es en las *metamorfosis* que se expresa la positividad del *polimorfismo*. Mas la purificación por el vacío es un remedio tan pobre como somero y apresurado, tan monótono como fulgurante; la nada, decimos, no tiene propiedades, o según preferimos afirmar, el no-ser, a fortiori, no tiene modos. Nada hay de ingenioso ni de inventivo en la anihilación violenta; ninguna variedad, ninguna combinación imaginativa. El violento que no sabe tomarse el tiempo para desligar el nudo enredado, prefiere echar mano a la espada y decidir en forma tajante, tal como Alejandro el Grande a Gordio. En verdad, Alejandro el Grande era un militar, y un militar apurado... La violencia es la *solución gordiana* que, a falta de poder desligar o resolver un nudo, suprime pura y simplemente el problema; al seccionar lo que requeriría mucha paciencia y finura para desembrollar, el cuchillo y el hacha de la violencia representan no ya una solución especulativa, sino una negación instantánea y drástica. El gesto

expeditivo y desenfadado del militar que, como Alejandro, corta la soga, niega la existencia misma del problema, pues los militares buscan la decisión militante y la preponderancia física, no ya la conservación de una soga... ¡Lo que piden es la solución urgente, y no la discursiva! Una auténtica “solución” hubiera permitido sin duda salvar la cuerda, si el conquistador brutal hubiese trabajado en deshacer lo complejo, prefiriendo la simplificación paulatina al corte brutal. Aquel que tumba la puerta en lugar de abrirla destroza el cerrojo, o, si desconoce la combinación, fuerza la cerradura, sacrificando así puerta y cerradura. Y si aún en esa forma el violento pudiera pasar y llegar a alguna parte, no habría que lamentar demasiado los daños. ¡Desdichado de él! Esa vía no tiene salidas, y toda la destrucción habrá sido inútil. Suprimiendo al enfermo queda evidentemente suprimida la enfermedad, pues como no podemos cargar con todos los males a la vez, el más grande de ellos nos dispensa *ipso facto* de los más pequeños; y el pasar a mejor vida cura con mayor razón del hambre, el cólera y la peste ¡Un muerto no tiene enfermedades! Ningún “ser inexistente” presenta en general grandes dificultades, y hasta podría afirmarse que toda dificultad, incluyendo el dolor, es un síntoma halagador: ambos prueban al menos que aún contamos con un ser viviente y que algo queda por salvar. Pretender suprimir las dificultades suprimiendo al existente portador de las mismas, estrangulando al sujeto que las conlleva, es una ironía pasablemente amarga. Ciertamente la muerte es la liquidación general y simultánea de todos los males, la forma definitiva de archivar todos los problemas, pero en el sentido más perezoso y mediocre. La violencia es tan solución como un incendio puede ser purificador: la violencia incendiaria destruye lo complejo y suprime lo impuro junto con las impurezas; y en efecto el pecado, el día de la conflagración universal, dejará de existir por falta de pecadores. ¡Simplificación risible, y muy digna de Gribouille! Tirarse por la ventana para no pagar la deuda, quemarse los sesos para curar radicalmente una jaqueca, resolver mediante suicidio todas las dificultades de una vez, desembarazarse de los problemas huyendo hacia la muerte, ¡he ahí lo que se llama morir para no tener que morir! ¡La salud mediante el revólver! tal podría ser la divisa de esa hiperbólica homeopatía, de esa absurda contradicción que nos hace adelantar la muerte y preferir a los medicamentos positivos la terapéutica de la nada. Como un mal dramaturgo que no sabe resolver un embrollo inextricable y busca la solución en el naufragio o en el ahorcamiento general, poniendo punto final a la tragedia mediante supresión de todos sus héroes, así mismo la violencia busca en el instante súbito y fulgurante del homicidio no se sabe cuál espiciosa

purificación. La sola idea de una catarsis violenta es ya la coartada del desespero; y es preciso en efecto, que tal violencia tenga en escasa consideración al hombre, que lo juzgue como un ser radicalmente malo, que sea pesimista, misántropa y cínica para negar y echar por la borda, so pretexto de purificación, toda positividad vital. La impureza, para un pesimista absoluto, no es un simple accidente de la esencia, pues si el mismo sujeto libre fuese capaz del bien o del mal, un sujeto impuro podría enmendarse sobreviviendo como sujeto; pero es el sujeto substancial el que está averiado, incurablemente sobrepasado por la fatalidad de la culpa. Sólo una terapéutica radical podrá entonces eliminar no solamente la impureza, sino también el candidato a la impureza. La alternativa en la cual nos acorrala la violencia es pues un dilema, es decir una disyunción cuyas dos eventualidades constituyen otros tantos *impasses*: o lo insoluble, o el no-ser, sin otra escapatoria que no sea la pura ilusión. La violencia es así la verdadera derrota, la renuncia de las renunciaciones. Una solución que por todo desenlace nos propone la nada, ¿no consagra acaso el fracaso de toda purificación violenta y la imposibilidad de simplificar la confusión en la cual vivimos?

No hay sino una violencia creadora, la que ocupa el vértice opuesto de toda sagrada ebriedad, de toda impostura mágica: es la violencia que el sacrificio impone a las inclinaciones y a los instintos, y es la dirección anti-natural que la vida, por deber, se obliga a seguir, remontando hacia arriba la corriente de la facilidad y de la baja voluntad –pues el esfuerzo ejercitado contra las tendencias y la levitación heroica son tipos evidentes de movimiento forzado. No hay sino una violencia fecunda y vital, pero esta no persigue a su hermano, ni lo maltrata sádicamente ni le escupe a la cara, siendo, por el contrario, la violencia que el ego egoísta se inflige a sí mismo por amor hacia alguien. La violencia del yo que violenta su propio sí-mismo por amor hacia el otro, *por amor-para-ti*.

(Trad. de A. Pasquali)